

codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, meditaba.

¡Aquél Dantenac era un peligro!

El judío se repetía esta frase con el estupor del condenado que ve en su último sueño, intermitente, lleno de espectros, la silueta amenazadora del verdugo.

Benedetta tenía á aquel hombre por defensor.

Todo desaparecía para el viejo Mosés delante de esta idea; su hijo herido, su hija Raquel condenada por los médicos; la otra, Matilde, irritada contra él, el escándalo de la calle del Circo y el drama de incesto involuntario causado por su disimulo y sus mentiras.

Un ligero ruido le sacó de sus meditaciones.

Era el normando que volvía.

—Y bien...—preguntó el barón.

—Ha seguido á ese Dantenac.

—¿Dónde vive?

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

—Está bien... mañana... dirás que venga Brichard.

El banquero se levantó; sus cejas se juntaban; su frente estaba cubierta de profundos surcos; estallaba su indignación contra aquel desgraciado que se había atrevido á desafiarse en su propia casa, despreciando todo su poder.

Y Lagrippe, que le seguía con la mirada, le vió volverse en la puerta de su gabinete, repitiendo:

—¡Hasta mañana!

XII

Menudencias.

A las ocho de la noche, cuando las modistas y los jornaleros se dirigen apresuradamente á su casa en busca de la cena, el padre Jeromo, plantado en el portal de su casa, con la pipa entre los labios, contemplaba melancólicamente la calle desierta, cuando dió un paso atrás como si hubiese distinguido en la extremidad, hacia la calle Bonaparte, la propia cabeza de Medusa.

Era el marqués Huberto de Caussédé, que acababa de aparecer.

El padre Jeromo se vió obligado á esperar al propietario.

Sentía vivísimos deseos de largarse.

¡Imposible!

Al mismo tiempo que el marqués, llegó el cartero, que sacando un sobre le entregó al portero, diciendo:

—Para la señorita Soubére.

Y siguió andando.

—¿Y qué tal sigue la señorita Soubére —preguntó Caussédé al sastre, que hubiera querido ser el demonio, tanto más cuanto que el marqués tenía un aspecto excesivamente burlón.

—Supongo que bien, señor marqués.

—¿Cómo que lo supone usted, señor Jeromo?...

—Naturalmente, señor marqués.

—¿La ha visto usted esta mañana?
 —No, esta mañana, no, señor marqués.
 —¿Es ará en el almacén, verdad?
 El buen hombre se ahogaba.
 —En su almacén.... creo que no, señor marqués.

—Sin embargo, hace dos días que debe haberse presentado. La maestra me avisó. Era cosa convenida. Pasaré por allí cuando vuelva á casa.

—Se me figura que el señor marqués hará un viaje en balde.

El bearnés interrogó al sastre con sus azules y penetrantes ojos.

—¡Ah! padre Jeromo—dijo,—¿es que usted quiere burlarse de mí?

—¡Señor marqués!

—Hace cinco minutos que no hace usted más que decir tonterías. ¿La señorita Soubére esta aquí, sí ó nó?

— ¡No, señor marqués!

—¿Cuándo se ha marchado?

—El domingo, señor marqués.

—Es decir, que hace tres días.

—Eso es.

—¿Y usted no ha vuelto á verla?

—No, señor.

—Sin embargo, yo la había recomendado bien.

—Es cierto...

—¿Y ni siquiera ha podido usted avisarme de su marcha?

—No me atrevía...

—¿Su conciencia no le acusa?

El buen hombre no respiraba.

Caussedé le sacó de su embarazo.

—Al hecho—dijo;—no tengo necesidad de que usted me diga nada... Todo lo comprendo. Han encontrado la pista de esta desgraciada y la han perseguido hasta esta casa donde yo la creía en seguridad. Le han ofrecido á usted dinero... y trato hecho, ¡la ha vendido!... Al menos, que yo sepa toda la verdad.

—¡Pero, si yo no estoy enterado, señor marqués!

—No mienta usted.

—Le juro á usted que no.

—¡Han arrastrado á esa desventurada niña á algún peligro!

—Eso es seguro.

—Piénselo usted bien; usted lo sabe todo.

—¡Le digo que no, señor marqués!

El desgraciado sudaba la gota gorda.

Y faltó de salida, acordándose de lo que había dicho á la señora Piot cuando volvió de dejar á la pequeña, y aprovechando que la viuda aparecía en aquel instante por la escalera, gritó:

—Mire usted; si quiere poner las cosas en claro, pregúnteselo á esa vieja; todo lo sabe; ¡ella es la que lo ha hecho!

El marqués no tuvo necesidad de largas explicaciones.

Acabó de conquistar al portero, diciéndole:

—¿He aquí el misterio! Ya sabía yo que el bravo Jeromo era incapaz de semejante cobardía.

Y entonces, con vivacidad calculada, cogió á la viuda por un brazo, la metió casi á la fuerza en la portería y se encerró con ella, diciendo:

—¡Ahora nos vamos á ver las caras!

La señora Piot tenía una frente de esas que no saben enrojecer.

Además, veintiseis mil francos en el bolsillo dan, aun á los más tímidos, una serenidad imperturbable.

La viuda se sentía independiente. Tenía el dinero; era lo principal.

Se encogió de hombros desdeñosamente, y aludiendo al sastre, dijo:

—Ya veo que ese... imbécil me ha hecho traición. No aprovecha para nada. Pero si usted cree que yo me arrepiento de lo que he hecho, se equivoca. Conmigo ó con otra, la cosa se hubiera hecho, esté usted seguro.

—¿De manera que ha recibido una buena recompensa?

—¡Ya lo creo! ¡Un Mosés! No hay nada que le resista...

—¿Entonces ha sido el barón?

—No tengo ningún inconveniente en decirlo.

El bearnés no se incomodó. Estudiaba á la viuda para ver por dónde debería atacarla.

La viuda continuó:

—Usted sabe que nos había hablado de un señor inmensamente rico que buscaba á la joven en cuestión.

—Eso es; perfectamente exacto.

—Después que usted se fué, aquello me tuvo muy preocupada. Soñé toda la noche con aquel viejo millonario. Yo no hubiera dado un paso por buscarlo, eso no; pero tenía el presentimiento de que él había de venir á mí.

—¿Y ha venido?

—Como se lo digo á usted. Tiene á sus órdenes numeroso personal. Por de pronto, vino un hombre alto, con grandes bigotes, que no hizo más que anunciarme la llegada del otro. En cuanto oí su nombre no cabía en mí de gozo. ¡El barón Mosés!... Aquello era el premio gordo, que me caía de las nubes... ¿Usted le hubiera dado con la puerta en las narices?... Francamente... ¿lo hubiera usted hecho?

—Continúe usted; esto es muy interesante.

—Yo — siguió diciendo la viuda con idolatría, — cuando supe que llegaba, hubiera extendido una alfombra en el portal y en la escalera, como hacen en provincias cuando pasa la procesión; pero... francamente, no me lo permitían mis medios.

—¿Y vino?...

—En persona. ¿Quiere usted que le diga cómo es?

—Es inútil, le conozco.

—No es hermoso, más bien es feo; pero con su dinero siempre resulta agradable, ¿no es verdad?...

—Bueno, bueno. Y ¿qué pasó?

—Me preguntó y... mire usted, he guar-

dado bien la consigna, me atrevo á decirlo. Usted me recomendó que no le mentara para nada....

—En efecto.

—Pues no le he dicho una palabra... El barón me hizo mil preguntas para saber cómo había entrado en la casa la pequeña... Yo contesté: «como todo el mundo... alquilando una habitación». No le he mentado á usted más que al gran turco. En seguida quiso verla....

—Y entonces?...

—Subió á su cuarto. Estuvo allí bastante rato. La entrevista ha debido ser tempestuosa...

—¿Lo cree usted así?

—Estoy segura, porque al bajar traía el viejo una cara de condenado... Entonces es cuando me dijo que al día siguiente, sin falta, me pasara por su casa. Ya comprenderá usted que fui vestida con el fondo del arca...

—¿Y la prepararon ustedes una trampa?

—No puedo decir que no, pero no es lo que usted se supone. Ha sido poca cosa, y en el fondo bastante inocente.

—Veamos, cuente usted.

El marqués se había acercado á una mesa y apoyaba la barba en sus puños.

La viuda estaba al otro lado, con las manos en la tabla y el cuerpo inclinado hacia delante.

Parecían los mejores amigos del mundo.

—La comisión que el barón me propuso —continuó la viuda —era muy sencilla

Se trataba de conducir á esa joven á una casa, bajo pretexto de una colocación ventajosa, señorita de compañía, por ejemplo. Su ayuda de cámara...

—¿Próspero?

La señora Piot contempló al marqués con asombro.

—Sí, Próspero, un nombre fácil de retener. ¿Le conoce usted, por casualidad?

—Mucho. Por eso es por lo que quiero que mi nombre no suene.

—¿Por qué?

—Es una idea mia... Sigamos... Decía usted que Próspero...

—Es el barón quien habla. Próspero me daría las instrucciones. Yo no tenía que hacer más que seguirlas. La cosa era excelente. Una ocupación de dos horas, y después, amigo mio, ya tenía la tranquilidad asegurada para el resto de mi vida.

—¡Caramba!

—¿Entiende usted bien? ¡Por el resto de mi vida! Esto era un sueño... Francamente, esas cosas no se reusan.

—No, á fe mia—dijo Caussedé casi vencido.

—El señor Próspero me dió las señas; hablé á la joven...

—¿Y?..,

—El domingo, cuando el Gran Premio, dimos nuestro paseo. No fué tan fácil... La pequeña pretendía que se había comprometido, que debía entrar en un almacén; pero la hice comprender que una visita no comprometía á nada, y cedió.

—¿Y ha cobrado usted?

—Ya lo creo, en dos veces.

—Un adelanto al principio...

—Y el resto después.

—La felicito. ¿Está usted satisfecha?

—Así, así. Si he de decir la verdad, yo esperaba más.

—¿No habían señalado ustedes precio?

—¡Ay! eso es lo sensible.

—Me asombra eso en una persona inteligente como usted.

—Ya lo he pensado.

—¿Y cuánto ha sido?

—No tengo por qué ocultarlo. Veintiseis mil.

La señora Piot hizo una mueca de desprecio.

—Yo hubiera querido treinta—añadió.

—Con treinta estaría encantada.

—Efectivamente, era una suma redonda muy aceptable—dijo el bearnés con su cómica gravedad.

—¿Verdad que sí?

—¿Y ha sido Próspero quien la ha pagado?

—La segunda vez, sí. Trece mil francos.

Causedé pensó:

—El bribón habrá sacado su escote.

Pero no lo dijo.

Miró cariñosamente á la viuda y prosiguió:

—Con veintiseis mil francos se pueden hacer muchas cosas.

—Sí, viajar sobre todo.

—Se lo iba á aconsejar á usted.

—Es lo que me propongo hacer... No tengo nadie que me estorbe...

—Sí, será lo prudente.

—¿Y usted me tendrá mala voluntad?

Causedé sonrió como un bienaventurado.

—¡Caramba!—dijo—algún motivo tengo; pero puesto que es cosa hecha... La tentación era demasiado fuerte... En resumen: el culpable es el barón, que ha venido á buscarla á usted... Ahora que nada tiene usted que esperar de él, quisiera que me prestara un buen servicio.

—¿A usted?

—A mí.

—Con el mayor placer, si es posible.

—Es muy sencillo. ¿Dónde ha llevado usted á esa pobre Benedetta?

—¡Caramba! Eso no sé si lo debo decir.

—¿Por qué no? Ya está hecho todo. Usted tiene el dinero, y seguramente no han de venir á quitárselo.

—Tiene usted razón; pero ¿me guardará usted el secreto?

—Como usted ha guardado el mio.

—Entonces, todo va bien. A casa de una condesa de Lanrose.

—¿Lanrose?...—repitió el marqués.—Nunca he oído pronunciar ese título.

—En el parque de Neuilly.

—¿Boulevard d'Argensón.

—¿Conoce usted la casa?

—Perfectamente.

—¡Usted lo sabe todo!

—Sé muchas cosas... ¿En esa casa, usted no ha visto tal condesa?

—No.

—Es que no existe. ¿Y la pobre niña, se ha quedado allí?

—Sí.

—¿Está todavía?

—Eso no lo sé.

—¿Ha oído usted alguna cosa más?

—Nada más.

Caussedé se levantó, salió á la puerta, llamó con una seña al sastre, que esperaba el resultado de aquella conferencia.

El buen hombre entró.

—Pues bien—dijo el marqués,— todo está arreglado. La cosa no es tan grave como parecía. Ya son ustedes ricos los dos. Lo que deben hacer, á mi juicio, es disfrutar juntos de la riqueza.

—¿Lo cree usted así?—dijo el padre Jeromo asombrado.

—Esa es mi opinión. Cada uno tiene sus pequeños defectos; y como ha dicho muy bien la excelente señora Piot, la tentación era muy fuerte. No se resiste á un barón Mosés.

La señora Piot hubiera abrazado al marqués por estas palabras.

Aquello era su rehabilitación.

Caussedé cogió la carta dirigida á Benédetta y la guardó en un bolsillo.

—Yo trataré de avisarla—dijo—sin comprometer á nadie. No se inquiete usted, y hasta muy pronto.

El marqués iba á retirarse, cuando se volvió á los porteros, diciendo:

—Todos los pecados serán perdonados, con una condición.

—¿Cuál?—dijo la viuda.

—Que me sigan ustedes teniendo al corriente de todo lo que ocurra.

Y añadió con una intención que no se escapó á la honrada señora Piot:

—Es preciso que la policía no se entremeta en estos asuntos; podría no ser tan indulgente como yo. Por supuesto, de mí, ni una palabra..

—¡Entendido!

Al salir examinó el sobre de la carta.

A primera vista se comprendía que estaba escrito por una mujer poco ilustrada.

—Tanto peor—dijo el marqués,— si profano la correspondencia de esta desgraciada. ¡Bien sabe Dios que es por ella!

Desgarró el sobre, que llevaba el timbre de las Clayes.

La carta contenía solo estas dos líneas:

«Espero que venga usted el domingo. El niño no está bueno. He avisado al médico. Venga sin falta.»

El marqués tuvo un triste presentimiento.

Entró en un café. Escribió algunas palabras y las hizo llevar al hotel Louvois.

Caussédé decía á Pedro Dantenac:

«Conozco la casa donde Benedetta está secuestrada.

»Voy á estudiar los medios de entrar, y ya iré á verle.

»Cuente usted conmigo, como con usted mismo.

»Hasta muy pronto.»

Y dirigiéndose al barrio de Saint Honoré pensaba:

—¡Pobre madre! ¿Cómo advertirla? ¿Será tiempo todavía?

XIII

Consecuencias.

Serían próximamente las doce del día. Loiseleur, uno de los guardas que custodiaban el dominio de Plessis-Mortcerf, el que como sabemos tenía á su cuidado al pequeño Andrés, el hijo del incesto entre Matilde y Jacobo Mosés, volvía á su caseta después de la excursión de la mañana.

Abandonando su carabina, sentado en un ancho sillón de paja encarnada y amarilla, á la inglesa, hacía saltar sobre sus rodillas al pequeño Andrés, que le tiraba de los bigotes, y sonreía á su mujer, diciendo:

—Va á ser un buen mozo este bribón.

La señora Loiseleur le hacía coro, diciendo:

—Si que es guapo, y está creciendo á ojos vistos.

—¡Caramba! si tiene á quien parecerse, pues su madre es bien guapa y muy buena.

En casa de los Loiseleur no se hablaba nunca del padre.

Los Mosés no eran muy queridos entre aquellas honradas gentes.

La joven Matilde podía tener sus defectos, sus vicios quizá, ¡pero era tan graciosa, tan sencilla!

¡No tenía orgullo!

Esta es una cualidad superior.

El buen Loiseleur, después de comer un buen trozo de carne y un enorme pedazo de pan, con su gran trago de vino y su taza de café, cogió su carabina, se ajustó su túnica como militar correcto, y salió, diciendo á su mujer:

—Si alguien viene á buscarme, di que estoy dando una vuelta por el coto de Neufmontiers y por la granja de Beauvoir.

Dando un beso al pequeño, que se entretenía con un gran caballo de cartón, se puso en marcha.

La señora Loiseleur, luego que se retiró su marido, se entregó á sus ocupaciones, que por el momento consistían en desgranar un montón de guisantes de su huerta.

Bruscamente se levantó, roja de placer.